LA RANA QUE ACUDIÓ EN AUXILIO DE LA PRINCESA

LA RANA ENCANTADA SE SUMERGIÓ EN EL POZO Y EXTRAJO DEL FONDO LA BOLA DE ORO

LA PRINCESA LLEVÓ LA RANA A LA ALCOBA Y LA PUSO EN UN RINCÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA RANA ENCANTADA

EN aquellos tiempos, por desgracia pasados, en que todo deseo se cumplía, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la menor lo era de modo que el mismo sol, que tanto bueno ha visto, se asombraba cada vez que iluminaba su rostro.

Cerca del castillo real había un bosque grande y sombrío, y en éste, bajo un viejo tilo, un pozo.

Cuando hacía mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba a la orilla del pozo, y si quería divertirse, cogía una bola de oro, la tiraba a lo alto y volvía a cogerla. Era el juego que más la distraía.

Sucedió una vez que, al tirar en alto la bola de oro, no cayó en sus manos, sino al suelo y de allí rodó al agua.

Siguióla la princesa con los ojos, pero la bola desapareció, y el pozo era tan hondo, que no había esperanza de recobrarla.

Entonces comenzó a llorar sin consuelo.

En esto oyó una voz que decía:

—¿Qué tienes hija del rey, que lloras de un modo capaz de enternecer a una piedra?

Miró en derredor para ver de dónde salía la voz, y vió una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza.

—¡Ah! ¿Eres tú, vieja rana?—le dijo. —Lloro por mi bola de oro, que se me ha caído en el pozo.

—Cállate—contestó la rana:—yo puedo ayudarte, pero, ¿qué me das si te saco tu juguete?

—Lo que quieras, querida rana—le dijo:—mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas, hasta la corona de oro que llevo puesta, te la daré con gusto.

La rana contestó:

—No quiero tus vestidos, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si quieres tenerme contigo como amiga y compañera en tus juegos, sentarme a tu mesa, darme de comer en tu plato de oro, de beber en tu copa y acostarme en tu lecho, bajaré al pozo y te subiré la bola de oro.

—¡Ah!—dijo ella.—Te prometo todo lo que quieras, con tal que me devuelvas la bola.

Pero pensaba:

—¡Qué cosas pide esa infeliz rana! Puede cantar en el agua entre sus iguales, pero no puede ser compañera de ningún ser humano.

La rana cuando se le prometió lo que pedía, hundió la cabeza en el agua, bajó al fondo del pozo, y poco después apareció de nuevo llevando en la boca la bola de oro y la arrojó en la hierba.

La hija del rey, llena de alegría cuando vió su hermoso juguete, lo cogió y echó a correr con él saltando.

—¡Espérate, espérate!—le gritó la rana.—¡Llévame contigo; yo no puedo correr tanto como tú!

Pero de nada le sirvió gritar, porque la princesa no le hacía caso: corría a su casa, y muy pronto olvidó a la pobre rana, la cual tuvo que volverse a su vivienda.

Al día siguiente, cuando estaba sentada a la mesa con el rey su padre y los cortesanos, y al comer en su plato de

oro, oyó subir una cosa por la escalera de mármol de Palacio. El que llegaba llamó a la puerta y exclamó:

—¡Hija menor del rey, ábreme!

Se levantó la princesa y quiso ver quien llamaba; pero al abrir vió a la rana. Cerró la puerta corriendo y se sentó de nuevo a la mesa con mucho miedo.

Notando el rey la agitación de su hija, le dijo:

—Hija mía, ¿qué tienes? ¿Hay en la puerta algún gigante que venga por ti?

—¡Ah, no!—contestó.—No es ningún gigante; es una rana muy fea.

—¿Qué quiere de ti la rana?

—¡Ay, amado padre! Cuando estaba ayer jugando en el bosque junto al pozo, se me cayó al agua mi bola de oro. Como lloraba, la rana me la subió, después de haberme exigido que le ofreciese ser su compañera; pero nunca creí que pudiera alejarse del agua. Ahora ha salido y quiere entrar en Palacio.

Entre tanto llamaba por segunda vez la rana, diciendo:

—¡Hija menor del rey, ábreme! ¿No sabes lo que me dijiste ayer junto al pozo? ¡Hija menor del rey, ábreme!

Entonces dijo el rey:

—Lo que has prometido debes cumplirlo: vé y abre.

Fué y abrió la puerta y entró la rana, que acompañó a la niña hasta llegar a su silla. Se sentó en el suelo y dijo:

—¡Levántame!

La niña vaciló, hasta que se lo mandó el rey. La rana saltó de la silla a la mesa y dijo:

—Ahora acércame tu plato de oro para que comamos juntas.

Hízolo en seguida, pero se conocía que a disgusto.

La rana comió mucho, pero la niña no podía pasar bocado.

Al fin dijo la rana:

—Estoy harta y fatigada: llévame a tu alcoba y prepara tu cama de seda para que durmamos.

La hija del rey comenzó a llorar: tenía miedo de la rana, que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el rey se incomodó y dijo:

—No debes despreciar a la que te ayudó cuando la necesitabas.

Entonces la cogió con dos dedos, la llevó y la puso en un rincón.

En cuanto estuvo la niña acostada en la cama, se acercó la rana saltando y le dijo:

—Estoy cansada. Quiero dormir tan cómodamente como tú: súbeme a la cama, o se lo digo a tu padre.

La princesa se incomodó mucho; cogió a la rana y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas, diciendo:

—¡Ahora descansarás, rana asquerosa!

Pero cuando cayó al suelo, la rana se convirtió en un príncipe, que fué desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo, y le contó que había sido encantado por una mala hechicera, que nadie podía sacarle del pozo sino ella, y que al día siguiente se marcharían a su país juntos.

Muy de mañana los esperaba una magnífica carroza tirada por ocho caballos blancos que llevaban hermosas plumas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el fiel criado del joven príncipe, llamado Enrique.

Este se había afligido tanto cuando su señor fué convertido en rana, que se había puesto tres barras de hierro encima del corazón para que no se le saltase con el dolor y la pena.

Ya instalados en el soberbio coche del joven príncipe, el fiel Enrique se colocó detrás de los esposos, e iba lleno de alegría por la salvación de su amo. Cuando hubieron andado algunas leguas, oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás de él, como si se rompiera algo.

Entonces se volvió y dijo:

—Enrique, ¿se ha roto el coche?

—No, señor; no se ha roto el coche, sino una barra de las que puse sobre mi corazón cuando estuvisteis en el pozo, convertido en rana.

Dos veces más se oyó el mismo ruído.

El hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las barras que se quebraban sobre el corazón del fiel Enrique, porque su señor era feliz.

EL BAJÁ PASTOR

(CUENTO TURCO)

HABÍA una vez en Bagdad un bajá, tan amado del sultán como temido de sus súbditos. Alí, que así se llamaba, era un verdadero musulmán, un turco chapado a la antigua. En cuanto la luz de la aurora permitía distinguir un hilo blanco de otro negro, extendía una alfombra en el suelo, y, con el rostro vuelto hacia la Meca, hacía con fervor sus abluciones y elevaba sus preces al poderoso Alá. Terminadas sus devociones, dos esclavos negros, vestidos de escarlata, le traían la pipa y el café, instalábase en un diván, con las piernas cruzadas, y así permanecía el día entero. Su manera de gobernar consistía en beber, a pequeños sorbos, aromoso café de Arabia, negro, amargo y muy caliente, fumar tabaco de Esmirna en una larga pipa, dormir, no hacer nada y pensar todavía menos. Es verdad que cada mes, una orden procedente de Estambul le mandaba enviar al tesoro imperial un millón de piastras, tributo del bajalato; pero, cuando llegaba el caso, el bueno de Alí, saliendo de su quietud ordinaria, hacía que se le presentaran los mercaderes más ricos de Bagdad y les pedía cortésmente dos millones de piastras. Los infelices levantaban las manos al cielo, se golpeaban el pecho, mesábanse la barba, juraban, llorando, que no tenían un *para*, e imploraban la piedad del bajá y la misericordia del sultán. Visto lo cual, Alí, sin cesar de sorber su café, les hacía dar de palos en las plantas de los pies, hasta que le traían el dinero que juraban no poseer, y que acababan siempre por hallar en algún sitio. En estando completa la suma, el fiel administrador enviaba la mitad al sultán, encerraba la otra mitad en sus cajas, y seguía después fumando con la imperturbable calma de siempre. A veces, a pesar de su reconocida paciencia, se quejaba en tal día de los desvelos que ocasiona la grandeza y de las fatigas que el poder acarrea; pero al día siguiente lo daba todo al olvido, y al mes inmediato recaudaba los tributos con la misma tranquilidad y el mismo desinterés. Era un verdadero modelo de bajaes.

Después de la pipa, del café y del dinero, lo que más amaba Alí en este mundo era a su hija, *Encanto de los Ojos*. Y tenía razón para amarla, porque en ella se veía el bajá retratado, como en un espejo vivo, con todas sus virtudes. Tan holgazana como bella, *Encanto de los Ojos* no podía dar un paso sin tener a su lado tres mujeres, dispuestas siempre a servirla: una esclava blanca cuidaba de su peinado y aseo, otra amarilla le tenía el abanico o el espejo, y otra negra la divertía con sus contorsiones y muecas y recibía a cambio de ellas sus caricias o sus golpes. La hija del bajá salía cada mañana en un carro tirado por bueyes; pasaba tres horas en el baño, y empleaba el resto del tiempo haciendo visitas, comiendo dulces exquisitos, bebiendo delicados sorbetes, viendo bailar espléndidas danzas y búrlandose de sus mejores amigas. Después de un día tan admirablemente empleado, regresaba a su palacio, le daba un beso a su padre y dormía de un tirón toda la noche, sin soñar. Leer, reflexionar, bordar, tocar cualquier instrumento de música, eran trabajos que *Encanto de los Ojos* relegaba a sus sirvientas. Cuando se es joven y bella, rica e hija de un bajá, se ha nacido para divertirse y gozar, y ¿hay acaso en la tierra nada tan agradable y divertido como el dulce placer de no hacer nada? Así razonan los turcos; pero ¡cuántos cristianos no hay que proceden en esto ni más ni menos que los indolentes secuaces del Corán!

Sin embargo, no hay en este mundo ventura sin amargor, ni rosa sin espinas; de lo contrario, la tierra sería un paraíso. Alí pudo convencerse de ello. Un día de recaudación del impuesto, el vigilante bajá, menos avisado que de costumbre, hizo apalear por error a un

raya griego, protegido de Inglaterra. El protegido gritó, porque a ello tenía derecho; pero el cónsul inglés, que no había dormido aquella noche, gritó más fuerte aún que el azotado, e Inglaterra, que no duerme jamás, gritó más recio que el cónsul. Los periódicos, alzando aún más el tono, clamaron hasta poner el grito en el cielo; los diputados se hartaron de escandalizar en el Parlamento, y el gobierno mostró a Constantinopla los puños. Tan gran ruido por cosa tan pequeña hubo de fatigar al sultán, y, no pudiendo desembarazarse de su fiel aliada, que le inspiraba miedo, quiso al menos librarse del bajá, causa inocente de todo aquel alboroto. El primer pensamiento de Su Alteza fué hacer estrangular a su antiguo amigo; mas reflexionó después que el suplicio de un musulmán proporcionaría demasiada satisfacción y engreimiento a los perros cristianos, que no cesan jamás de ladrar; así que, en su inagotable clemencia, el jefe de los creyentes contentóse con disponer que se abandonase al bajá en alguna playa desierta, y se le dejase morir de hambre.

Por fortuna para Alí, su sucesor y juez era un bajá sexagenario y machucho, cuyo celo se habían los años encargado de templar, muy conocedor, por experiencia, de que la voluntad de los sultanes no es absolutamente inmutable. Pensó que, andando el tiempo, podría Su Alteza añorar al antiguo amigo, y entonces le agradecería que hubiese usado con él de una clemencia que nada le costaba. Así, pues, dispuso que le trajeran en secreto a Alí y a su hija, dióles unos vestidos de esclavos y algunas piastras, y les previno que si al siguiente día se los encontraba en el bajalato, o si oía pronunciar alguna vez sus nombres, los haría colgar o decapitar, según lo que más les conviniera. Dióle gracias Alí por tan inesperadas bondades, y, una hora más tarde, había partido con una caravana que se dirigía a Siria. Aquella tarde proclamóse en las calles de Bagdad la caída y destierro del bajá, en medio de un regocijo universal, rayano en la embriaguez. Por todas partes oíase celebrar la justicia y vigilancia del sultán, que se interesaba siempre por la felicidad de sus hijos. Y así, cuando al mes siguiente exigió el nuevo bajá, que tenía la mano un poco dura, dos millones y medio de piastras, el buen pueblo de Bagdad pagó sin regatear, satisfecho de verse libre de las garras del bandido que durante tantos años le había saqueado impunemente.

Salvar la cabeza ya es bueno, mas no basta; hay que vivir, lo cual no es fácil tarea para un hombre acostumbrado a contar para este fin con el trabajo y el dinero de los demás. Al llegar a Damasco, Alí se encontró sin recursos. Sin parientes, sin amigos, sin conocer siquiera a nadie, se moría materialmente de hambre, y, lo que es peor aún para un padre, veía palidecer y marchitarse a la hija a quien tanto amaba. ¿Qué hacer en tan duro trance?, ¿implorar una limosna? Esto era indigno de un personaje que, la víspera, puede decirse, tenía un pueblo de rodillas a sus pies. ¿Trabajar? Alí había vivido siempre como un príncipe, y no sabía hacer nada. Todo su secreto, cuando tenía necesidad de dinero, consistía en hacer apalear a los pagadores recalcitrantes; pero, para ejercer en paz esta respetable industria, es preciso ser bajá y tener un nombramiento firmado por el Padre de los Creyentes. Ejercer este oficio como un simple aficionado, exponiéndose a sus riesgos y peligros, era correr el albur de ser ahorcado como salteador de caminos. Los bajaes no toleran la competencia de nadie. Alí lo sabía muy bien: la mejor acción de su vida había sido mandar poner en la horca, de cuando en cuando, a tal cual ladrón de menor cuantía, que había cometido la torpeza de meterse a cazar en los terrenos de los grandes.

Un día que hubo de pasárselo sin probar bocado y en que *Encanto de los Ojos*, debilitada por el hambre, no había podido abandonar la estera donde dormía, Alí, errando por las calles de Damasco, como lobo hambriento, vió unos hombres que cargaban sobre la

cabeza cántaros de aceite y los conducían a un almacén no lejano. A la puerta de este último había un dependiente que pagaba a cada uno un *para* por viaje. La vista de esta pequeña moneda de cobre hizo estremecer al antiguo bajá. Incorporóse a la fila y, subiendo una pequeña escalera, recibió un enorme cántaro que a duras penas podía conservar en equilibrio sobre su cabeza, a pesar de sostenerlo con ambas manos.

Alí descendía paso a paso cuando, al tercer escalón, sintió que la carga se le venía hacia adelante; inclinóse hacia atrás, resbalaron sus pies y rodó hasta el final de la escalera, seguido del cántaro hecho pedazos y del aceite, que le inundaba. Al levantarse, avergonzado, sintióse el cuello agarrotado por las manos del dependiente de la casa.

—¡Torpe!—le dijo este último,—págame ahora mismo cincuenta piastras por el destrozo que has hecho, y sal inmediatamente de aquí. Cuando no se sabe un oficio, no se trata de ejercerlo.

—¡Cincuenta piastras!—dijo Alí sonriendo amargamente—¿De dónde queréis que las saque? No poseo ni un *para*.

—Si no pagas con dinero, pagarás con la piel—replicó sin inmutarse el empleado.

Y, a una señal de este hombre, cuatro brazos vigorosos derribaron a Alí al suelo; atáronle las piernas; y, en la postura en que él había mandado colocar con tanta frecuencia a los demás, recibió en las plantas de los pies cincuenta palos, administrados con tantos bríos como si hubiera estado presenciando el castigo un bajá.

Lavantóse ensangrentado y cojo de ambas piernas, envolvióse los pies en unos harapos y se arrastró hasta su casa, suspirando tristemente.

—Dios es grande—murmuraba,—y es justo que yo sufra lo que he hecho sufrir a los otros; pero los mercaderes de Bagdad, a quienes hacía azotar, eran más dichosos que yo: tenían amigos que pagaban por ellos, mientras yo me muero de hambre, sin más consuelo que los palos recibidos.

Se engañaba: una buena mujer que, por acaso o por curiosidad, había visto su desgracia, compadecióse de él. Dióle aceite con que curar sus heridas, un pequeño saco de harina y unos cuantos puñados de habichuelas, para que pudiese vivir en tanto que se le sanaban las llagas; y aquella misma noche, por primera vez después de su caída, pudo dormir Alí sin inquietarse por el mañana.

Nada aguza tanto el ingenio como la soledad y los males. Durante su encierro forzado, se le ocurrió a Alí una idea luminosa. «He sido un necio—pensó—al tomar el oficio de mozo de cordel: un bajá no suele tener la cabeza vigorosa; este honor es preciso otorgárselo a los bueyes. Lo que distingue a las personas de mi condición es la habilidad, la ligereza de manos; yo era un cazador sin igual; sé, además, cómo se adula y se miente; en esto soy maestro, puesto que he sido bajá; elegiré un oficio en que pueda asombrar a la gente con estas maravillosas cualidades y labrarme con rapidez una fortuna respetable».

Como consecuencia de estas reflexiones, Alí se hizo barbero.

Al principio todo fué bien; el patrón del nuevo oficial le hacía sacar el agua, lavar el suelo de la tienda, sacudir las esteras, arreglar los utensilios y servir el café y las pipas a los parroquianos. Alí desempeñaba de un modo maravilloso estas delicadas funciones. Si, por casualidad, se le confiaba la cabeza de algún labrador de la montaña, pasaba inadvertido cualquier corte que le hacía; estas buenas gentes tienen la piel muy dura y no ignoran que están hechos para ser desollados; una cortadura más o menos, no les causa novedad alguna ni les hace perder su estupidez natural.

Cierta mañana, durante la ausencia del patrón, entró en la barbería un gran personaje, cuya sola vista fué bastante para intimidar al pobre Alí. Era el bufón del bajá, un horrible jorobado, que tenía la cabeza como una calabaza, largas patas velludas, mirada inquieta y la dentadura de un simio.

Mientras Alí le vertía sobre el cráneo una espuma olorosa, el bufón, tumbado sobre su asiento, se entretenía en pellizcar al nuevo barbero, riéndose de él en sus narices y enseñándole la lengua. Dos veces le tiró de las manos la vasija del jabón, experimentando tal regocijo con ello, que le arrojó cuatro *paras*. El prudente Alí, sin embargo, no perdió su seriedad; fija toda su atención en cabeza de tanto valor, hacía correr la navaja sobre ella con regularidad y ligereza admirables, cuando, de repente, hizo el jorobado una mueca terrible y lanzó un grito espantoso; y, asustado el barbero, retiró la navaja de una manera tan brusca, que se trajo en la mano media oreja, que no era, ciertamente, parte de las suyas.

A los bufones les agrada reirse, pero a expensas de los demás. No hay personas que tengan la epidermis tan sensible como las que acostumbran a herir la del prójimo con picantes chanzonetas. Emprenderla a mojicones con Alí y apretarle el gaznate gritando ¡al asesino!, fué para el jorobado obra de un solo instante. Por fortuna para Alí, el corte era tan grande, que fué preciso que el herido se ocupase de su oreja, de la que manaba en abundancia la sangre. Aprovechó el barbero este momento favorable, y echó a correr por las calles de Damasco, como quien no ignora que si le dan alcance lo ahorcan.

Después de dar mil rodeos, ocultóse en una caverna ruinosa y no osó regresar a su casa sino al amparo de las tinieblas y del silencio de la noche. Permanecer en Damasco después de este acaecimiento, era ir a una muerte cierta. No le costó trabajo convencer a su hija de que era preciso partir sin demora; y, como el equipaje no era muy voluminoso, antes que despuntase la aurora habíanse internado en la montaña. Caminaron, sin detenerse para nada, por espacio de tres días, sin tomar más alimento que algunos higos arrancados de las higueras del camino, y sin beber más agua que la hallada, a fuerza de trabajo, en el fondo de los torrentes desecados. Pero no hay mal que por bien no venga, porque jamás, ni en los tiempos de su mayor esplendor, habían comido ni bebido el bajá ni su hija con tan envidiable apetito.

Al final de una de sus jornadas, los fugitivos fueron acogidos por un excelente labriego que practicaba con largueza la santa ley de la hospitalidad. Acabada le cena, hizo hablar a Alí, y, viéndole sin recursos, le propuso que entrara a su servicio, de pastor. El conducir a la montaña una veintena de cabras, seguidas de una cincuentena de ovejas, no era oficio muy difícil; dos buenos perros llevaban la parte más ruda del trabajo; no se corría el riesgo de cometer una torpeza; se tenía a discreción leche y queso, y si bien es verdad que el labriego no le daría un solo *para*, permitiría, en cambio, que *Encanto de los Ojos* tomase tanta lana como pudiera hilar, para vestirse a sí y a su padre. Alí, a quien no quedaba otra disyuntiva que perecer de hambre o ser ahorcado, decidióse sin gran disgusto a hacer vida patriarcal; y, a partir de la mañana siguiente, internóse en la montaña con su hija, sus rebaños y sus perros.

Cuando estuvo en el campo, volvió de nuevo a caer en su indolencia. Tirado en el suelo, de espaldas, y fumando su pipa, pasábase la vida contemplando los pájaros que revoloteaban por el aire. La pobre *Encanto de los Ojos* no se sentía tan resignada; soñaba con Bagdad; y su rueca no le hacía olvidar los dulces ocios de otras épocas.

—Padre mío—solía decir con frecuencia,—¿para qué sirve la vida cuando no es más que una perpetua miseria? ¿No hubiera sido mejor perecer de una vez que morir a fuego lento?

—Dios es grande, hija mía—respondíale el prudente pastor,—y todo lo que hace está bien hecho. Tengo el necesario reposo, que, a mi edad, es el mayor de los bienes; y por eso ya ves que me resigno. ¡Ah, si hubiese aprendido un oficio! Tu posees juventud e ilusiones, y puedes esperar todavía que vuelva a sonreirte la fortuna. Bien puedes consolarte.

—Me resigno, padre mío—respondía *Encanto de los Ojos* suspirando.

Pero cuanto más crecían sus esperanzas, menor era su resignación.

Un año largo hacía que Alí llevaba esta dichosa vida solitaria, cuando, una mañana, el hijo del bajá de Damasco fué a cazar a la montaña. Persiguiendo un pájaro herido, hubo de extraviarse, y, solo y separado de su séquito, procuró encontrar el camino siguiendo la corriente de un arroyo, cuando, al dar la vuelta a una peña, tropezaron sus ojos con una joven que, sentada sobre la yerba, con los pies dentro del agua, trenzaba su larga cabellera. A la vista de tan bella criatura, lanzó un grito Yusuf. *Encanto de los Ojos* alzó entonces la cabeza, y, asustada al ver un extraño, corrió en busca de su padre, dejando al príncipe atónito y asombrado.

—¿Qué es esto?—pensó Yusuf.—La flor de las montañas es más fresca que la rosa de los jardines; esta hija del desierto es más bella que nuestras sultanas. He aquí la mujer que he soñado.

Corrió en persecución de la desconocida, tan de prisa como le permitían las piedras que bajo sus pies resbalaban, y halló al fin a *Encanto de los Ojos* ocupada en ordeñar las ovejas, en tanto que Alí llamaba a los perros, cuyos furiosos ladridos delataban la aproximación de un extraño. Yusuf manifestó con dolorido acento que se había extraviado y estaba pereciendo de sed; y *Encanto de los Ojos* le trajo inmediatamente leche en un pote de barro. Bebióla él con lentitud, sin decir una palabra, contemplando alternativamente al padre y a la hija, y luego, al fin, decidióse a preguntar cuál era el camino. Alí, seguido de sus perros, condujo al cazador hasta el pie de la montaña, y regresó tembloroso. El desconocido habíale dado una moneda de oro. ¿Sería algún funcionario del sultán, algún bajá, tal vez? Para Alí, que juzgaba por sus propios recuerdos, un bajá era un hombre que sólo podía hacer mal, y cuya amistad no era menos temible que su odio.

Al llegar a Damasco, corrió Yusuf a arrojarse al cuello de su madre. Ardía en deseos de contarle lo que en la montaña había visto; hízole un maravilloso retrato de la bella desconocida, y aseguróle que no podía vivir sin ella y que quería hacerla su esposa al día siguiente.

—Un poco de paciencia, hijo mío—contestóle la madre;—sepamos primero quién es ese portento de belleza, y después, entre tú y yo, decidiremos a tu padre a que consienta en tu dichosa unión.

Cuando tuvo noticia el bajá del enamoramiento de Yusuf, empezó por sorprenderse y acabó por encolerizarse. Jamás consentiría que su hijo diese su mano a aquella pobre joven; ¡jamás!

Jamás es una palabra que ningún hombre prudente debe pronunciar en su casa, cuando tiene contra él a su mujer y a su hijo. Aun no habían transcurrido ocho días, cuando el bajá, enternecido por las lágrimas de la madre y la palidez y el silencio del hijo, acabó por ceder mal de su grado; pero, a fuer de hombre enérgico y que sabe lo que vale, declaró en voz muy alta que consentía a sabiendas aquella necedad.

—Sea, pues—dijo al fin;—que se case con una pastora mi hijo, pero que su locura caiga sobre su cabeza; yo me lavo las manos. Y para que nada falte en esta unión ridícula, que llamen a mi bufón. A él solo corresponde el obtener y conducir hasta aquí a esa miserable cabrera que ha hecho caer sobre mi casa la maldición de sus sortilegios.

Una hora después, el bufón, montado sobre un asno, llegaba a la montaña, echando pestes contra el capricho del bajá y los amores de Yusuf. ¿Era natural enviar de emisario cerca de un pastor, con riesgo de morir asfixiado por el polvo o abrasado por el sol, a un hombre delicado, nacido para vivir en un palacio, y hacer las delicias de los príncipes y magnates con la agudeza de su ingenio? Mas ¡ay! la fortuna es ciega; eleva al pináculo a los necios y reduce al papel de bufón al genio que no quiere perecer de hambre.

Tres días de fatigas no habían dulcificado el humor del giboso, cuando descubrió a Alí, tendido bajo la sombra de un algarrobo, y más ocupado con su pipa que en cuidar las ovejas. El bufón espoleó a su jumento y avanzó hacia el pastor, con la majestad de un visir.

—¡Granuja!—exclamó al estar próximo,—has hechizado al hijo del bajá, el cual te hace el honor de casarse con tu hija. Desbasta inmediatamente esa perla de la montaña, porque es preciso que me la lleve a Damasco. Por lo que a ti respecta, el bajá te envía esa bolsa, y te ordena que abandones el país sin dilación.

Alí dejó caer la bolsa que le arrojaban, y, sin volver la cara, preguntó al jorobado qué quería.

—¡Bestia!—contestó este último.—¿Acaso no me has oído? El hijo del bajá toma por esposa a tu hija.

—¿Y qué ocupación tiene el hijo del bajá?—dijo Alí.

—¡Jajai! ¡qué ocupación tiene!—exclamó el jorobado, soltando la carcajada.—Pedazo de alcornoque, ¿te figuras que tan alto personaje es un palurdo de tu calaña? ¿No sabes que el bajá comparte con el sultán los diezmos de la provincia, y que, de las cuarenta ovejas que tú guardas tan mal, cuatro le pertenecen por derecho, y de las otras treinta y seis puede disponer a su antojo?

—No te hablo del bajá—replicó tranquilamente Alí.—¡Que Dios proteja a Su Excelencia! Te pregunto qué ocupación tiene su hijo. ¿Es armero tal vez?

—No, idiota.

—¿Herrero, por ventura?

—Mucho menos.

—¿Carpintero, quizás?

—Tampoco.

—¿Calero, acaso?

—No, no. Es un gran señor. Ten entendido, gran necio, que sólo los mendigos trabajan. El hijo del bajá es un noble personaje, lo cual quiere decir que tiene las manos blancas y no hace nada en absoluto.

—Entonces no se casará con mi hija—dijo gravemente el pastor.—Sostener una casa cuesta mucho, y jamás entregaré mi hija a un marido que no pueda mantener a su mujer. Pero tal vez tenga el hijo del bajá un oficio menos rudo. ¿No será bordador?

—No—respondió el bufón, encogiéndose de hombros.

—¿Sastre?

—No.

—¿Alfarero?

—No.

—¿Cestero?

—No.

—¿Es, pues, barbero?

—No—contestó el bufón, rojo de cólera.—Basta ya de bromas necias, o te haré moler a golpes. Llama pronto a tu hija, que traigo mucha prisa.

—Mi hija no partirá—le respondió el pastor.

Y silbó a sus perros, que vinieron a colocarse a su lado, gruñendo y mostrando unos colmillos nada tranquilizadores.

El enviado del bajá volvió grupas, y, amenazando con el puño al pastor, quien retenía a los perros, que ladraban con el pelo erizado, gritó:

—¡Pronto tendrás noticias de mí, miserable! Ya sabrás lo que es el tener otra voluntad que no sea la del bajá, que es tu señor y el mío.

El bufón regresó a Damasco con la cabeza baja. Fortuna, y no escasa, fué para el pastor que el bajá tomara la cosa por el lado mejor. Aquello era una pequeña derrota para su mujer y su hijo, y un triunfo para él; un doble éxito que lisonjeaba su orgullo.

—En verdad que el buen hombre es más loco todavía que mi hijo—exclamó;—pero tranquilízate, Yusuf, que un bajá sólo tiene una palabra. Voy a enviar a la montaña a cuatro caballeros que me traerán a la joven; por lo que al padre respecta, no te apures: le reservo un argumento decisivo.

Y al decir estas palabras, hizo un gesto con la mano, como si cortase algo molesto que tuviera ante la vista.

A una seña de su madre, levantóse

Yusuf y suplicó a su padre que le permitiese llevar personalmente a buen término aquella empresa. El medio propuesto era irresistible, sin duda; pero tal vez *Encanto de los Ojos* tuviese la debilidad de amar al viejo pastor, y lo llorase, y el bajá no querría amargar los primeros días felices de la boda. Esperaba Yusuf poder vencer, con un poco de dulzura, aquella resistencia que no le parecía seria.

—Está bien—dijo el bajá.—Tú pretendes tener más talento que tu padre; esto es general en los hijos. Vé, pues, y obra como gustes; pero te aviso que, a partir de este momento, no me mezclaré más en tus asuntos. Si ese pastor viejo y loco te rechaza, allá tú solo. Daría mil piastras por verte regresar desairado, lo mismo que el bufón.

Yusuf sonrió; tenía descontado su triunfo. ¿Cómo era posible que *Encanto de los Ojos* no le amase, si él la adoraba?

Alí recibió a Yusuf con todos los respetos debidos el hijo del bajá; le dió las gracias con las más corteses palabras por su honrosa proposición; pero, en lo tocante a su hija, hubo de mostrarse inflexible. Sin oficio no habría boda: había, pues, que decidirse.

El hijo del bajá descendió de la montaña con la cabeza baja. ¿Qué hacer? ¿Regresar a Damasco para exponerse a las burlas de su padre? Jamás se resignaría a ello Yusuf. ¿Renunciar a *Encanto de los Ojos*? Antes mil veces la muerte. ¿Hacer cambiar de opinión a aquel viejo testarudo? No había que pensar en ello. Y Yusuf se arrepentía casi de que fuese el origen de sus males un arranque generoso de su propio corazón.

En medio de sus tristes reflexiones, advirtió que su caballo, abandonado a sí mismo, le había hecho perder el camino. Hallábase a la orilla de un bosque de olivos. Allá lejos se descrubría una ciudad; el humo azulado subía por encima de los techos; escuchábase el ladrar de los perros, el canto de los obreros, el ruido del yunque y del martillo.

Yusuf tuvo una idea. ¿Por qué no aprender un oficio? ¿Era acaso tan difícil? ¿No merecía, por ventura, *Encanto de los Ojos* todos los sacrificios? El joven ató su caballo a un olivo, junto al cual ocultó sus armas, su alquicel bordado y su turbante. En la primera casa a que llegó contó en tono lastimero que había sido despojado por los beduínos; compró luego un traje de obrero y, disfrazado de esta suerte, fué de puerta en puerta ofreciéndose como aprendiz.

Tenía un rostro tan simpático, que en todas partes era bien acogido; pero las condiciones que le imponían le asustaban. El herrero le dijo que necesitaría dos años para aprender el oficio; el alfarero, que uno; el albañil, que seis meses; ¡aquello parecíale un siglo! El hijo del bajá no podía resignarse a tan larga servidumbre, cuando oyó que le llamaba una voz.

—¡Hola, hijo mío!—le gritaron;—si tienes prisa y no te guía la ambición, vente conmigo; en sólo ocho días te pondré en condiciones de que puedas ganarte la vida.

Yusuf levantó la cabeza. A pocos pasos de él, sentado sobre un banco, con las piernas cruzadas, vió a un hombrecillo rechoncho, de rostro rubicundo: era un cestero. Hallábase rodeado de tallos de paja y de juncos, teñidos de todos colores; con ágil mano tejía finas empleitas, que cosía después para hacer cestas, canastos, esteras y sombreros de varios matices y dibujos. Era un espectáculo verdaderamente hermoso.

—Sois mi maestro—contestóle Yusuf, tendiéndole la mano,—y si podéis enseñarme vuestro oficio en dos días en vez de ocho, os recompensaré con largueza. Tomad por adelantado.

Y al decir estas palabras, dejó caer dos monedas de oro en las manos del asombrado obrero.

Un aprendiz que siembra el oro a manos llenas no se ve todos los días; el cestero no dudó de que tenía que habérselas con un príncipe disfrazado, e hizo, por consiguiente, verdaderas maravillas. Y como su discípulo no se hallaba desprovisto de inteligencia, ni de buena

voluntad, antes de que llegara la noche habíale enseñado todos los secretos del oficio.

—Hijo mío—le dijo,—el aprendizaje ha terminado, y vas a juzgar por ti mismo si tu maestro ha ganado bien su dinero. El sol toca a su ocaso; esta es la hora en que todos abandonan el trabajo y pasan por delante de mi puerta. Coge esa estera, que has trenzado y cosido con tus propias manos, y ofrécela al público. O yo mucho me equivoco, o hallarás quien te pague por ella cuatro *paras*. Para ser lo primero que haces, es un buen precio.

El cestero no se había engañado; el primer comprador que se presentó ofrecióle por ella tres *paras*; pidióle él cinco, y al cabo de cerca de una hora de gritos y discusiones, accedió, por fin, el comprador a pagar los cuatro *paras*. Sacó su larga bolsa, miró muchas veces la estera, le puso muchos defectos y se decidió, por último, a contar las cuatro monedas de cobre, una después de la otra. Pero en vez de tomar esta suma, Yusuf le dió una moneda de oro al comprador, entregó otras diez al cestero, y, devándose su obra maestra, salió de la ciudad corriendo como un loco. Al llegar al lugar donde había dejado su caballo, tendió en el suelo la estera, envolvióse en su albornoz y durmió el sueño más agitado y a la vez más dulce de su vida.

Al amanecer, cuando llegó Alí al lugar donde apacentaba sus ovejas, sorprendióse en extremo al ver a Yusuf instalado antes que él debajo del viejo alcornoque. Levantóse el joven tan pronto como divisó al pastor, y, tomando la estera sobre que descansaba, le dijo:

—Padre mío, me habéis pedido que aprendiese un oficio; he ido a que me enseñasen, y he aquí mi trabajo; examinadlo.

—No está mal—dijo Alí mirándolo detenidamente;—no está muy bien trenzado, pero está cosido a conciencia. ¿Qué es lo que puedes ganar haciendo cada día una estera como esta?

—Cuatro *paras*—contestó Yusuf;—y, con un poco de práctica, podré hacer dos por lo menos cada día.

—Seamos modestos—dijo entonces Alí;—la modestia conviene al talento que comienza. Cuatro *paras* por día no es mucho; pero cuatro *paras* hoy y otros cuatro mañana, y otros cuatro el día siguiente, ya suman doce *paras*. En fin, es un oficio con el cual puede vivir el que lo ejerce, y si yo lo hubiese aprendido cuando fuí bajá, no hubiera tenido necesidad de hacerme pastor.

Imagínese el lector la sorpresa de Yusuf al oir estas palabras. Alí le refirió su historia, pues, aunque se jugaba la cabeza, todo puede perdonársele a la vanidad de un padre. Al casar a su hija, Alí quiso hacer saber a su yerno que *Encanto de los Ojos* no era indigna de la mano del hijo de un bajá.

Aquel día condujeron las ovejas al aprisco antes de la hora ordinaria. Yusuf quiso dar las gracias por sí mismo al honrado labriego que acogiera en su casa al desventurado Alí y a su hija, y le entregó una bolsa bien repleta de oro para recompensar su buena acción. Nadie es tan liberal como un hombre dichoso. Presentada *Encanto de los Ojos* al cazador de la montaña y advertida de los proyectos de Yusuf, declaró que el primer deber de una hija era obedecer a su padre. Dícese que en tales casos las hijas son siempre obedientes en Turquía.

Aquella misma tarde, aprovechando el frescor del crepúsculo, emprendieron el camino de Damasco. Ligeros iban los caballos, pero más veloces aun iban los corazones; marchaban con la celeridad del viento, y antes de finalizar el segundo día llegaron a su destino. Yusuf quiso presentar su prometida a su madre. No es preciso describir la alegría de la sultana. Después de las primeras caricias, saboreó con fruición el placer de demostrar a su esposo que tenía más talento que él, y no pudo resistir a la tentación de revelarle el secreto de la estirpe de la bellísima *Encanto de los Ojos*.

—¡Por Alá!—exclamó el bajá, acari-

ciándose su larga barba con objeto de ocultar su turbación.—¿Os imagináis, señora, que es posible sorprender a un hombre de Estado, como yo? ¿Habría consentido esta unión, si no hubiera conocido el secreto que os asombra? ¡Sabed de una vez para siempre que un bajá no ignora nada!

Y entró al punto en su gabinete para escribir al sultán, a fin de que dispusiera de la suerte de Alí. Ante el temor de desagradar a Su Alteza, no vaciló en delatar al padre de la que iba a ser su hija. La juventud contempla siempre la vida bajo su aspecto romántico; pero el bajá era un hombre serio, que se había propuesto vivir y morir en posesión de su cargo.

A todos los sultanes les agradan las historias, si hemos de dar crédito a *Las Mil y Una Noches*, y el que a la sazón ocupaba el trono, que no había degenerado de sus progenitores, envió sin dilación un buque a Siria para que le trajesen a Constantinopla al antiguo gobernador de Bagdad. Alí, cubierto de harapos y con su cayado en la mano, fué conducido a la corte y, ante una numerosa audiencia, tuvo la gloria de entretener toda una tarde a su dueño y señor con el relato de sus muchas desventuras.

Cuando hubo terminado, el sultán mandó ponerle un manto de honor. Su Majestad, de un bajá había hecho un pastor, y quería ahora asombrar al mundo entero con un nuevo milagro de su omnipotencia, haciendo de un pastor un bajá.

Ante esta deslumbradora manifestación de favor, aplaudió toda la corte; pero Alí se arrojó a los pies del sultán para declinar un honor que ya no le seducía. No quería exponerse nuevamente a desagradar por segunda vez al señor del mundo entero, y le rogaba que le dejase envejecer en la obscuridad, bendiciendo la mano generosa que lo sacaba del abismo donde tan justamente había sido despeñado.

El atrevimiento de Alí asombró a la concurrencia, pero el sultán exclamó sonriendo:

—Dios es grande y nos tiene reservada cada día una nueva sorpresa. En veinte años que reino, esta es la primera vez que uno de mis súbditos me dice que no quiere ser nada. Por la rareza del hecho, accedo, Alí, a tus deseos; sólo te exijo que aceptes un donativo de mil bolsas. Nadie debe salir de mi palacio llevando las manos vacías.

De regreso a Damasco, compró Alí un hermoso huerto, repleto de naranjas, limones, albaricoques, ciruelas y uvas. Cavar, escardar, injertar, podar y regar fueron en lo sucesivo sus únicos placeres; todas las noches se acostaba con el cuerpo fatigado, pero con el alma tranquila; y se levantaba todas las mañanas con el cuerpo ligero y el corazón satisfecho.

Encanto de los Ojos tuvo tres hijos, que superaron todos a su madre en hermosura, y el viejo Alí encargóse de educarlos. A todos enseñó la labranza, e hizo, además, aprender un oficio distinto a cada uno.

Los tres fueron bajaes. ¿Llegaron a serles útiles los consejos de su abuelo? De suponer es que sí, aunque los anales turcos no dicen nada de ello. No se olvidan fácilmente las primeras lecciones de la infancia.

Hombres de bien, acordaos de lo que debéis a vuestros padres, y afirmad en todas partes, sin temor a equivocaros, que, la mayoría de las veces, los malvados y bajaes no son más que niños mal educados.

LA JOVEN DONCELLA DEL LAGO

HISTORIA DE BERTA Y ONDINA

EN tiempos remotos vivían en Alemania un pescador y su esposa, que tenían una hija pequeña.

La parte del país frontero al lago que ellos habitaban era tan triste y desolada y se contaban tantas historias acerca de si los bosques, peñas y ríos estaban encantados, que, por fin, el pescador, pensando en su hijita, decidió cambiarse de lugar. Pero la misma noche que el pescador volvía de la ciudad más próxima a la que había ido con aquel objeto, salió a recibirle su mujer, pálida y temblorosa, dándole la mala noticia de que la niña había caído al lago, y sido arrastrada por las aguas.

¡Cuán grande era su pena! ¡Que pérdida tan terrible acababan de sufrir! Su única alegría les había sido arrebatada, la única esperanza de su vida se había desvanecido. Aquellos pobres viejos, que trabajaban tanto y que vivían tan separados de la otra gente, carecían ya de cuanto pudiera alegrarles y endulzarles la vida.

Mientras lloraban y se lamentaban en su cabaña, se desencadenó una fuerte tempestad; el viento sacudía las paredes, hacía golpear y crujir las puertas, y las ventanas eran azotadas por la lluvía. Estando la pobre gente con las cabezas inclinadas ante el fuego de la chimenea y apesadumbrados por la pérdida de su hija, se oyó en el fragor de la tormenta un débil grito fuera de la casa y como si golpearan la puerta con la mano.

El pescador se levantó y atravesó la habitación, dirigiéndose hacia la puerta, pensando que podía ser algún marinero o caminante que fuera a su cabaña en busca de refugio. Pero al abrir la puerta, en vez de encontrarse con un hombre pálido y maltrecho, como él esperaba, se encontró con una niña de gran hermosura, mojada y chorreando agua, pero con la cara iluminada por la alegría y el placer, que entró vivamente en el cuarto y se fué riendo y corriendo a calentarse al amor de la lumbre.

Los ancianos se quedaron asombrados a la vista de la visitante, y apenas si la sorpresa les permitía articular ni una palabra. Y, cuando pudieron hablar otra vez y empezaron a hacer preguntas a la hermosa niña, su admiración fué todavía mayor, pues no sabía nada de quienes eran sus padres, ni del lugar de donde venía, y sólo repetía, una y otra vez, que se había caído al lago y que se llamaba Ondina.

Parecía como si la Providencia hubiera mandado esta niña para reemplazar a la que se había ahogado, así es que el pescador y su esposa la recibieron cariñosamente. Pero aunque la amaban tiernamente y hacían muchos sacrificios por ella, les causaba a menudo muchísima ansiedad; pues siempre que soplaba el viento y caía la lluvia, siempre que relampagueaba o tronoba, siempre que los ríos bajaban aterradores y las olas del mar levantaban montañas de espuma, la pequeña Ondina levantaba la aldaba de la puerta de la cabaña y corriendo bajo la tempestad palmoteaba y cantaba de alegría, diciendo que le gustaba más aquello que lavar, coser y guisar.

Algunas veces no se portaba bien con la esposa del pescador y otras enojaba mucho a éste. Pero aunque se mostraba así, ingrata y descortés, nunca era rencorosa o intratable. La terquedad de su carácter, no la maldad, la llevaba a hacer enfadar a sus padres adoptivos.

Ondina se iba convirtiendo en una hermosa doncella, cuando llegó a la cabaña del pescador un noble caballero que se había perdido en el bosque.

Se llamaba Hildebrando y venía de tomar parte en un torneo, en el que una orgullosa dama le había tratado desconsideradamente. Estaba triste y melancólico, viendo que su amor a Berta ya no tenía esperanza, y pensando cómo podía ser que una dama tan hermosa le hubiera tratado tan mal. Pero, a pesar de que la tristeza ensombrecía su rostro, Ondina juzgó que no había visto nada

tan bello en el mundo como este joven caballero.

Sentóse a sus pies en un taburete, mirándole a la cara y escuchando su voz. Después, asiéndole la mano, se la besó. Para ella era aquel joven algo más grande y hermoso que la tempestad y el rugido de las olas.

El caballero no se cansaba de admirar tan singulares demostraciones. Hizo algunas preguntas al pescador y se enteró de su historia.—« Quizás es la hija de algún noble—» pensó el joven. Ondina le habló de los vientos y las nubes, de la lluvia y la tempestad, y llevó al joven a visitar lugares de gran belleza, pero de una terrible soledad en aquellos desiertos parajes. Le llevó al bosque encantado, y montada en el caballo del joven le hizo ver hermosas y mágicas cosas. Cuanto más la trataba el caballero, más sentía el encanto irresistible de esta extraña doncella. Por fin, se enamoró tan perdidamente de Ondina, que le propuso casarse con ella, y se convino en que pronto se celebraría la boda.

Y ahora debemos explicar la historia verdadera de Ondina. Cuando la hija del pescador cayó al lago, las hadas acordaron dar al matrimonio otra hija, y les enviaron a Ondina. Era una ninfa del lago, y como los demás seres de esta clase, no tenía alma. Su padre quería que la tuviera y con este objeto la envió para que se convirtiera en ser humano.

Cuando el cura fué a casarla, sorprendido de sus maneras extrañas, habló seriamente con ella acerca del alma. Al principio ella sólo contestó riendo; pero después de oir las plegarias del sacerdote, dijo:

—« El alma debe ser algo muy bello, pero muy terrible al mismo tiempo. Decid, padre, ¿no sería mejor no recibir nunca prenda tan maravillosa? »

La hermosa doncella, que tan enamorada estaba de la naturaleza, consideraba que tener alma sería algo espantoso en su vida. Podía ser una gran ganancia, pero era también una gran pérdida; sería inmortal, pero pri-

ONDINA MOSTRO AL CABALLERO MUCHAS COSAS ENCANTADAS EN EL BOSQUE MÁGICO

meramente había de probar la copa del dolor humano y la pena mortal. No obstante, tan grande era su amor por Hildebrando, que se arrodilló humilde ante el sacerdote, y al orar se convirtió en ser humano.

Su naturaleza pareció haber cambiado repentinamente. Se tornó agradecida para con sus padres adoptivos. Su terquedad se convirtió en grande e inexpresable ternura. Era amable y servicial para con el pescador y su esposa. Demostró a su marido lo profundo de una naturaleza en la que el amor lo era todo.

Durante algún tiempo fué feliz en extremo, pero un día que iban de viaje para visitar el castillo de Hildebrando, con sus padres adoptivos, se detuvieron en el de otro gran señor, cuya hija adoptiva era la orgullosa Berta, a quien antes amaba Hildebrando. Ondina supo por revelación que esta Berta era la hija de los pescadores, que había caído al lago. Un día se puso a cantar una hermosa canción referente a los padres verdaderos de Berta y ésta derramó copiosas lágrimas.

—« ¡Oh, Ondina! exclamó Berta, dime donde están mis padres para que yo pueda verles y amarles ». Pero cuando Ondina replicó—« Querida Berta, éstos son tus padres », la orgullosa damisela juró que ella no podía ser la hija de unos pescadores, pero unas señales que tenía en sus hombros y pie probaron que efectivamente lo era, y entonces rompió a llorar de rabia avergonzada de su humilde linaje.

Ondina sintió compasión por aquella orgullosa muchacha y logró persuadir a Hildebrando a que la invitara a su castillo. Llegados a éste, Berta se propuso renovar el amor de Hildebrando, logrando al final que el esposo tratara cruelmente a su mujer. La pobre Ondina avisó a Hildebrando de que, en el caso de seguir así, ocurriría algo espantoso.

Pero Berta cada día predisponía más a Hildebrando en contra de su esposa. Por fin, un día que iban embarcados por el Danubio, Hildebrando se encolerizó más que nunca contra su esposa.—« Ay! —mi dulce amor—, exclamó Ondina,— ¡Adios! » y desapareció por un costado de la embarcación. Las olas empezaron a susurrar,—« ¡Ay de ti! ¡Ay de ti! Sé fiel. ¡Ay de ti! ».

Después de haber transcurrido algún tiempo desde la desaparición de Ondina, Hildebrando casó con Berta. La ceremonia nupcial fué, sin embargo, muy triste. Hildebrando se retiró muy temprano a sus habitaciones. Cuando estaba contemplándose ante un espejo, oyó un golpecito a la puerta que le recordó cuando Ondina entraba en la estancia; después oyó una voz. Entonces vió en el espejo, cómo se abría la puerta, muy despacio y una figura blanca se deslizaba en la habitación. Él no se atrevía a mirar la figura excepto en el espejo.

—Has de morir, dijo una voz.

—¡No me hagas volver loco de terror!, exclamó Hildebrando. — Si bajo este velo escondes un rostro terrible, no lo levantes, mátame antes que yo lo vea. Pero el velo se levantó, descubriendo el rostro perfectamente bello de Ondina. Entonces él se desvaneció en sus brazos, y mientras ella le besaba, expiró de dolor.

Cerca de la tumba de Hildebrando, brotó una fuentecita de argentinas aguas, y la gente dice que es Ondina, la ninfa del lago, que aun sostiene a su marido en sus brazos amantes.

LE ROI, LE NOBLE ET LE PAYSAN

La traducción española de las siguientes narraciones en francés e inglés se hallará en otro lugar de esta misma obra.

LOUIS XII de France apprit un jour qu'un certain noble avait très brutalement châtié un paysan. Comme le Roi était appelé le « Père du Peuple », et était vraiment adoré de tous ses sujets à cause de sa bonté de cœur, on peut s'imaginer combien il dut être irrité et désolé. Il résolut de donner

au noble une leçon sur la façon de traiter ceux qui étaient moins fortunés que lui, mais il ne révéla pas son plan. Pendant plusieurs semaines il réfléchit et à la fin il trouva un plan qui, selon lui, devait être excellent.

Un jour, il invita le noble à son palais et le garda à dîner. Il ne dîna pas avec son hôte, mais fit servir au seigneur un banquet magnifique. Tout ce qu'on peut imaginer de meilleur à manger fut servi, excepté du pain, car le Roi avait donné l'ordre absolu que l'on ne serve pas de pain. Le noble fut naturellement surpris par cette omission, mais, par courtoisie, n'osa pas demander une chose aussi petite et commune, en présence de tant de mets rares et délicats. Mais de plus en plus il sentit le manque de pain, tant que vers la fin du repas, il était presque enragé par l'absence d'une chose aussi nécessaire.

A ce moment le Roi entra.

« Monsieur », dit le Roi à son hôte, « vous a-t-on servi un bon repas ? »

« Sire », répondit le noble, « on m'a servi un festin superbe, un festin de Roi. Et cependant, pour dire à Votre Majesté toute la vérité, il me semble que je n'ai pas bien dîné ; car, pour vivre, le pain est nécessaire, et il n'y avait pas de pain à ce banquet ».

« Allez », dit Louis XII, sévèrement ; « et comprenez bien la leçon que j'ai désiré vous donner. Puisque vous avez besoin de pain pour vous satisfaire, apprenez à traiter plus humainement ceux qui travaillent pour le faire pousser, afin qu'on vous le serve ».

THE KING, THE NOBLEMAN AND THE PEASANT

IT came one day to the ears of Louis XII. of France that a certain nobleman had very brutally chastised a peasant. As the king was called "Father of his people," and was truly beloved by all his subjects for the great benevolence of his heart, it can be imagined how this story would vex and distress him. He determined to teach the nobleman a lesson as to how he should treat those who were less fortunate than himself. But he kept this purpose secret. For several weeks he considered the matter, and at last he hit on a plan which he thought would be effectual.

One day he invited the nobleman to his palace, and kept him to dinner. He did not himself dine with his guest, but he ordered the most magnificent banquet imaginable to be served to the lord. Everything good to eat that you can possibly think of was placed on the gorgeous table, with the single exception of bread, which, by the king's express command, was not placed there. The nobleman was, of course, very much surprised by this strange omission, but he dared not, out of courtesy, ask for so small and common a thing with so many rare and delicate dishes spread before him. But, of course, as the banquet progressed, the more did he feel the lack of bread, till towards the end of the feast he was almost enraged by the absence of such a necessary thing.

At this moment the monarch entered the hall.

"My lord," said the king to his guest, "have they provided you with good fare?"

"Sire," answered the nobleman, "they have served a superb feast, a feast fit for a king. And yet, notwithstanding that, to tell your Majesty the truth, I do not seem to have dined well; for, in order to live, bread is necessary, and of bread at this banquet there was none."

"Go," responded Louis XII. in a tone of great severity; "and therefore shall you the better understand the lesson I desired to impress upon your heart. As you need bread, my lord, in order to satisfy yourself, learn at least to treat with common humanity those whose labour it is to make it grow that you may be supplied."